La Ilustracion Artistica

Año VIII — BARCELONA 26 DE AGOSTO DE 1889 — Núm. 400

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SANTO DE MAMÁ, cuadro al pastel de Arnaldo Ferraguti

SUMARIO

Texto. – *Nuestros grabados.* – *Una carta,* por don F. Moreno Godino. – *Deficiencias del genio nacional,* por don Pedro de Madrazo. – *Margarita de Borgoña en una compotera,* por don Ricardo Revenga. – *Noticias varias.*

Grabados. – *El santo de mamá,* cuadro de A. Ferraguti. – *Pelea de chiquillos,* cuadro de J. Jakobides. – *Recuerdo poético de Roma,* dibujo de A. Fabrés. – *Cabeza de estudio,* cuadro de A. Fischer. – *Casa de Osmán Digma en Suakín.* – *Vista de Suakín desde el dique.*

NUESTROS GRABADOS

EL SANTO DE MAMÁ, cuadro de A. Ferraguti

En números anteriores hemos dado á conocer á Ferraguti por medio de algunos estudios de pequeñas dimensiones llenos de vida y de sentimiento: *El santo de mamá* demuestra la penetración del artista que sabe reproducir las más íntimas expresiones de afecto manifestadas en los rasgos del semblante. De aquellos asuntos similares al de este cuadro de los cuales algunos artistas tratan el lado alegre y gracioso, Ferraguti prefiere el lado serio y grave.

Imposible imaginar un rostro de una madre más religiosamente conmovida por las caricias del inocente ser á quien dió la vida; cuanto más se mira aquella cara tanto más se penetra uno de la santidad del amor materno. ¡Y qué diremos del hermoso niño! Sólo se nos ocurre pensar de él que sus labios no estampan un beso en la mejilla de su bondadosa mamá sino que lo infiltran en ella aspirando á la vez las dulzuras de un placer inefable; tan pequeño y ya comprende todo el valor de la sentida frase puesta como epitafio en una tumba del cementerio monumental de Milán: «¡Madre... no hay más que una!»

PELEA DE CHIQUILLOS, cuadro de J. Jakobides

El más pequeño de los cuatro hermanos confiados durante la ausencia de los padres al cuidado de la abuela hace con sus manitas presa en los rubios cabellos de la hermana mayor que sólo se libra de su furia por la intervención de la bondadosa anciana. Los otros dos hermanos forman el público de esta interesante escena y observan una actitud completamente neutral. El motivo de la pelea es una manzana que bien puede llamarse de la discordia y que el pequeño autócrata pretende adquirir por estos medios no inusitados en el terreno de la alta política. Mientras la niña objeto de la injustificada agresión quiere conservar la codiciada fruta aun á costa de algunos mechones de su dorada cabellera, los dos hermanos que no toman parte en la lucha contemplan tranquilos las peripecias de la misma ya que han puesto á buen recaudo sus correspondientes manzanas.

La cuidadosa observación de las fisonomías, la verdad y sencillez con que la escena está tratada y el acertado colorido que en el cuadro campea son pruebas plenas de la competencia de Jacobides y justifican nuestro deseo de publicar en gran tamaño el notable lienzo que tanto llamó la atención en la Exposición artística universal de Munich de 1888 y del cual reprodujimos en aquella sazón una pequeña copia.

RECUERDO POÉTICO DE ROMA, dibujo de A. Fabrés

No nos detendremos en examinar ni en hacer la crítica de la factura de este dibujo: ¿para qué? Es de Fabrés y esto basta. Si algo hubiéramos de decir, sería que se ha excedido á sí mismo en la ejecución de ese conjunto de malezas, arbustos, hierbas y árboles venciendo á maravilla la dificultad de presentar con la claridad y el relieve necesarios ese enmarañado fragmento de una naturaleza salvaje.

Dejando, pues, á un lado esta parte material vayamos al espíritu de la obra. No conocemos la intención que ha guiado al autor al dibujarla, pero el calificativo de *poético* que ha puesto en el título nos inclina á suponer que se ha propuesto hacer una alegoría. Y ya en el camino de las suposiciones ¿por qué no aventurarnos á pensar que quiso trazar el contraste entre la Roma del paganismo y la Roma cristiana, entre la primera y una de las últimas páginas de la historia de la Ciudad eterna? Nuestra imaginación en presencia del acabado trabajo de Fabrés tiende involuntariamente el vuelo desde la Roma de los reyes y de los Césares á la Roma de los Papas, desde el Capitolio al Vaticano, desde el Senado al Sacro Colegio, tomando como punto de partida el tosco grupo de la legendaria loba que amamanta á los fundadores de la que un día había de ser señora del mundo por la fuerza de las armas, recorriendo los interesantes episodios de una historia accidentada como pocas, brillante y trascendental como ninguna y posándose finalmente sobre la gigantesca y elegante cúpula de San Pedro desde donde irradian por todo el universo los dulcísimos resplandores de la luz del Evangelio.

CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de A. Fischer

Comprendemos la afición de algunos pintores por esta clase de trabajos: cuando se ve ó se concibe un busto como el que reproducimos, cuando se contemplan ó se sueñan unos ojos como aquellos ojos, una boca como aquella boca, un pecho como aquel pecho, una mujer, en fin, como la hermosa criatura pintada por Fischer, no nos extraña que los artistas quieran recrearse perpetuando en el lienzo lo que sorprendió su mirada ó imaginó su fantasía y se deleiten buscando en su lápiz las más correctas líneas y combinando en su paleta los más delicados y suaves matices.

¡Qué preciosa cabeza! ¡Qué admirable estudio! Este es el único comentario que podemos poner al cuadro del famoso pintor alemán.

CASA DE OSMÁN DIGMA EN SUAKÍN. Vista de Suakín desde el dique

Osmán Digma, jefe de los rebeldes *sudaneses* desde la muerte del Mahdí, es árabe como lo son casi todos los soldados de su ejército á pesar del nombre que llevan; es hombre resuelto y testarudo y se ha propuesto apoderarse de Suakín por el simple placer de destruirla, pues harto sabe que no podría defenderla contra los ataques de los buques ingleses.

Era uno de los más ricos tratantes de esclavos de la ciudad y aun hoy en día continúa ejerciendo su *industria* en Tahlay desde donde envía la mercancía humana al otro lado del mar Rojo; gozaba en aquélla de fama de santo, á pesar de su oficio, y cerca de su casa, bastante elegante para lo que suele verse en el país, sostenía una mezquita en donde lo mismo celebraba los oficios del culto que fraguaba conspiraciones y levantamientos.

Odia mortalmente á los ingleses no sólo por haber ocupado á Suakín y prohibido el *comercio* que tan pingües rendimientos le producía, sino también por haber recibido de ellos algún agravio personal. El gobierno de Massuah le ha enviado varias embajadas y nunca ha tenido motivos de queja contra la lealtad del caudillo insurrecto.

Suakín cuenta hoy apenas 8.000 habitantes y está en completa decadencia: los ingleses, á pesar del interés que consagran á todos sus asuntos coloniales, poco se ocupan de esa ciudad de más difícil defensa que Massuah á causa de las montañas que la circundan y con peor clima.

El dique que une la isla con el continente tiene sólo 3 ó 400 metros, de modo que no se presta á una resistencia tan seria como el enorme de Massuah, del cual en otra ocasión hemos hablado.

Suakín es una ciudad casi completamente árabe, su puerto es bastante seguro pero tiene algunos bajos peligrosos: el edificio que se destaca en primer término de la vista que publicamos es el antiguo cuartel egipcio en donde están actualmente alojados los batallones ingleses.

UNA CARTA

I

En los alrededores de Alcalá de Henares, hay un sitio muy pintoresco llamado *El Arenal.* Situado al pié de la *Cuesta Zulema* cerca del río, presenta una pequeña planicie tapizada de finísima arena y sombreada por ocho ó diez álamos gigantescos.

En el arenal hay un gran pedrusco plano que sirve de asiento.

Aquel lugar está casi siempre solitario. Los campesinos no tienen para qué pasar por allí; pues las fragosidades de la Cuesta no se prestan al cultivo, y aunque cerca hay un molino, éste tiene la entrada por la parte opuesta.

La marquesa de Guadalimar gustaba de este sitio, muy en armonía con su nombre, puesto que se llamaba Soledad, y con su carácter que tendía al recogimiento.

Porque la marquesa, además de que no gozaba de buena salud, no era feliz como parecía deber serlo, en atención á sus veinticinco años de edad, á su notable hermosura y á su alta posición social.

Había causas íntimas que justificaban el retraimiento y la falta de satisfacción moral de la marquesa.

Hija de un cortijero de Coria del Río, el marqués de Guadalimar, dueño del cortijo, se fijó en ella, cuando apenas tenía catorce años, hízola educar en un colegio de Sevilla, y algunos años después se casó con ella. Había entre ambos cónyuges bastante diferencia de edad; pero no era precisamente esta circunstancia la que motivaba el disgusto de Soledad.

En primer lugar no tenían hijos y esto ya es una nube en cualquier matrimonio. Además, aunque el marqués adoraba á su mujer y la había presentado en el gran mundo á que él pertenecía, sentíase ella desplazada y casi humillada por causa de su origen.

Soledad era delicada y altiva, y harto comprendía que los círculos aristocráticos se la abrían no por ella sino por el nombre de su marido, y que era nada más que tolerada, haciéndola cortésmente sentir su inferioridad.

Estas preocupaciones de raza, vanse atenuando, pero subsisten todavía.

Y respecto á la marquesa eran aun menos justificadas, pues sólo le faltaban algunas gotas de sangre azul, para ser una completa gran señora, por su belleza, distinción y viveza de comprensión.

Algún tiempo antes de la época en que comienza este relato, la marquesa sintió los primeros síntomas de una afección al corazón, y por consejo del médico, en los primeros días de la primavera, ambos esposos se trasladaron desde Madrid á Alcalá de Henares, en cuya campiña poseía el marqués una magnífica quinta.

Este, gran cazador, se entregaba frecuentemente á su diversión predilecta, y Soledad le acompañaba algunas veces; pero la mayor parte de los días gustaba de pasar algunas horas en *El Arenal,* que estaba no muy lejos de la quinta.

Gustábale este sitio no sólo por su amenidad y aislamiento, sino también, probablemente, porque la recordaba otro arenal de Coria del Río, cerca del Guadalquivir, en donde habíase entregado á sus juegos infantiles.

Es difícil desprenderse de los recuerdos de los primeros años.

Provista de su blanca sombrilla y de un libro, la marquesa leía á veces, y á veces suspendiendo su lectura pensaba ¡Dios sabe en qué!

II

Una mañana Soledad llegó al *Arenal,* sentóse en el asiento de piedra y antes de abrir el libro que llevaba, se entregó á sus pensamientos.

Durante esta abstracción mental que los franceses llaman gráficamente *reverie,* porque tiene algo de ensueño y de pensamiento, la marquesa iba inconscientemente á trazar algunas líneas ó rayas en el arenal en que apoyaba los pies; pero detúvose sorprendida.

En el arenal había escrito un nombre y este nombre era el suyo:

¡Soledad!

Preguntóse á sí propia si distraidamente no la había escrito ella misma con la punta de su sombrilla, pero examinando los rasgos de letra, se persuadió de lo contrario.

¿Quién podía haber puesto allí aquel nombre? Su marido estaba de caza desde el día anterior y además aquella no era su letra.

En Alcalá no se trataba con nadie.

¿Sería el autor de aquel letrero algún chusco ó algún Tenorio provinciano?

Pero ella no recordaba de ninguno que la hubiese molestado con sus impertinencias.

Soledad borró con su sombrilla el nombre trazado en la arena, miró instintivamente hacia todos lados, y no viendo á nadie, se entregó á la lectura.

Leyó poco y mal. A pesar suyo aquel incidente la preocupaba.

En cuatro ó cinco días, volvió á encontrar dos veces su nombre escrito en la arena.

Y sin embargo no reparó en nadie que se fijara en ella.

No quiso hablar á su marido de esta particularidad, por no alarmarle; pero determinó no volver al *Arenal.*

Eligió otro sitio para sus lecturas, más próximo á la quinta, y como nada acaeciese en los siguientes días, ocupóse cada vez menos del incidente mencionado.

El clima de Alcalá y su vida semi campestre sentaban admirablemente á la marquesa. De día en día iba cobrando fuerzas, respiraba con menos dificultad, y coloríbanse sus pálidas mejillas.

Era aficionada á montar á caballo, mas por causa de su dolencia había renunciado á este ejercicio.

Pero sintiéndose casi repuesta y además queriendo dar una satisfacción á su marido, que gustaba de que le acompañase, le anunció que tomaría parte en una cacería de liebres, á caballo, proyectada por el marqués.

La estación no era favorable para esta clase de diversión; pues sabido es que las liebres se cazan cuando está el campo escueto y sin vegetación, pero aquél poseía un extenso coto á una legua de Alcalá, que estaba erial aquel año, y era de suponer que esta circunstancia facilitase la caza.

Tres días después, á las seis de la mañana, el marqués y Soledad se encaminaron al cazadero acompañados del mayordomo de la casa y del jefe de la caballeriza, todos á caballo.

La caza de liebres es menos complicada que otros ejercicios cinegéticos. Los que la practican con pureza, excluyen de ella los perros de pista y sólo llevan galgos para perseguir y rendir las piezas, y el marqués tenía tres de estos animales, de primera fuerza. Los cazadores, formados en ala, recorren al paso de sus caballos el sitio donde cazan, y la base de la diversión consiste en sorprender á la liebre encamada y verla arrancar con la ligereza de un proyectil disparado.

Después los perros la acosan seguidos de los cazadores que presencian lo más cerca posible, las peripecias de la persecución, que suelen ser variadas, por los mil recursos de instinto del animal perseguido.

Cuatro criados más, en un charabán tirado por dos mulas, seguían á los expedicionarios, llevando un suculento almuerzo.

La mañana estaba hermosísima y los campos de Alcalá son alegres. Soledad, montando una yegua de corta alzada pero de estampa preciosa, aspiraba con satisfacción los efluvios primaverales, y sentíase animada, casi feliz.

El marqués no se cansaba de mirarla.

Al verla tan elegante y tan bella, tal vez pensaba en la injusticia con que el mundo aristocrático rechazaba á aquella encantadora amazona que reunía todas las filigranas de la gracia y de la distinción.

Llegaron al coto, que presentaba un ligero declive. Cerca de éste, aunque á alguna distancia, vieron algunos pelotones de quintos que se ocupaban en hacer ejercicios de marcha.

Comenzó la caza.

El marqués y Soledad, llevando á sus costados á los otros dos jinetes, todos bastante separados entre sí, marcharon por el coto, fijos los ojos en la tierra.

Los tres galgos, que como es sabido *no tienen vientos,* bullían en torno de los cazadores, esperando el momento de prestar sus servicios.

Apenas habían recorrido la mitad del terreno, una masa parda saltó violentamente de entre un surco.

–¡La liebre! – gritó el marqués y todo se puso en movimiento.

Una liebre, en efecto, salió corriendo con rapidez vertiginosa, imposible de seguir en los primeros instantes ni por los perros ni por nadie. Sólo se veía al modo de un punto oscuro que á veces rebotaba y á veces ocultábase entre los terruños. Los perros la seguían dando saltos prodigiosos, tocándola á veces con el hocico y á veces adelantándose; pues el animal perseguido, hacía súbitos regates variando de dirección.

Perseguida y acosada describió una curva inmensa, sin duda para ganar un grupo de breñales que había en lo alto del coto, y hubo un momento en que pasó por entre los cazadores que la seguían al galope de sus caballos. En este momento, uno de los perros dióle tan violenta hocicada que la lanzó al pecho de la yegua que montaba Soledad; al mismo tiempo sonó al lejos ruido de cornetas y estas dos cosas reunidas fueron causa de que se espantase el caballo de la amazona, desarzonando á ésta con un vigoroso bote de carnero.

Cayó al suelo la marquesa, que estaba algo rezagada de los demás cazadores. Todos acudieron en su auxilio, pero antes que todos un capitán de caballería, que destacándose del grupo de quintos que hacían el ejercicio, y aproximándose lentamente, había seguido con atención los incidentes de la caza.

El militar alzó á Soledad y la sentó en el suelo. Estaba privada de sentido, y en la sien izquierda tenía una ligera mancha de sangre: era que al caer se había herido con un pedrusco.

El marqués, aturdido en los primeros momentos, mandó que trasladasen á Soledad al charabán que se hallaba á alguna distancia; cambió algunas palabras corteses con el capitán, subió al carruaje, y sosteniendo en el hombro la cabeza de su mujer, dió orden de regresar á la quinta.

III

La herida en la sien, de la marquesa, no era más que un ligero rasguño, y se curó pronto, pero aunque restablecida, desde el día de la caza, sintió Soledad una laxitud más bien moral que física. Recordaba vagamente, y como en el esbozo de un sueño, los incidentes de su caída, pero no se daba cuenta del militar que acudió á su socorro, de quien la habló el marqués.

Sentíase otra vez débil y desanimada, achacándolo á los cuatro ó cinco días en que había tenido que guardar cama.

Algunas veces, sin saber por qué, pues el incidente era muy natural, pensaba en aquel capitán presentado tan oportunamente.

Por un movimiento interior que no acertaba á explicarse, sintió deseos de dejar á Alcalá, en donde hasta entonces habíase hallado muy á su gusto. Parecíala que aquella atmósfera la oprimía é indicó á su marido deseos de regresar á Madrid.

El marqués, aunque algo contrariado por causa de su afición á la caza, como la amaba entrañablemente, trató de complacerla, y se fijó la partida para cuatro ó cinco días después, cuando aquél regresase de Toledo, en donde tenía que asistir á la *vista* de un pleito muy importante.

Los cuatro primeros días, después de la ausencia de su marido, los pasó Soledad en la quinta, por causa de esos temporales de agua tan frecuentes en el mes de abril. Por fin serenóse el tiempo y el activo sol primaveral brilló en todo su esplendor.

A las nueve de la mañana, salió la marquesa de su casa. Necesitaba aire que respirar. Sentía una opresión y un desaliento extraños, que excitaban sus nervios, con violentas sacudidas. Comenzó á andar inconscientemente y sin darse cuenta se encaminó hacia *El Arenal*.

Antes de llegar advirtió la dirección que llevaba, y detúvose vacilante, pero suponiendo que en el tiempo transcurrido, el misterioso escritor en la arena, habría desistido de su tarea inútil, determinó dirigirse á aquel sitio, que siempre había sido de su predilección.

Llegó *Al Arenal* que estaba hermosísimo. El sol teñía de vistosos cambiantes las ramas de los grandes olmos, que despedían las frescas emanaciones de las recientes lluvias. Bandadas de gorriones y de pardillos revoloteaban por todas partes, con estrépito de alas y batahola de gritos y gorjeos. Las abejas del colmenar del próximo molino remolineaban entre las ramas ó se pegaban á los troncos como puntos brillantes sobre un fondo oscuro. Algunas hojas desprendidas de los árboles, resbalaban por el suelo llevadas por la brisa de la mañana. La corriente del Henares, crecida por las lluvias, era más rápida que de ordinario; y en resolución, todo en aquel sitio respiraba felicidad y movimiento.

Antes de sentarse Soledad en la piedra, miró al arenal, por si había algo escrito. No había nada, pero en cambio vió allí una golondrina muerta. Este encuentro la entristeció. ¿De qué había muerto aquel pájaro, siempre respetado por los cazadores?

Ocultó al ave tras de un tronco de árbol, empujándola con la sombrilla, y dejóse caer Soledad en el asiento de piedra.

Llevaba un libro, pero no le abrió.

Miró distraidamente hacia todas partes. Sin explicarse el por qué, la alegría de aquel sitio la oprimía el corazón.

Inclinó la cabeza, y mientras trazaba rayas en el arenal en que apoyaba los pies, pensaba.

Sus pensamientos no se basaban como otras veces en su existencia actual, en la tristeza de no ser madre, que es la que más aflige á la mayoría de las mujeres que se hallan en este caso. No repasaba en su memoria, como otras veces, los corteses desaires que había recibido en *el mundo de su marido:* no, sus recuerdos eran más lejanos, remontábanse á su infancia, cuando vivía con sus padres en el cortijo de Coria del Río, cuando jugueteaba en un sitio parecido al en que entonces se hallaba, cuando Pablo la traía caracoles ó la apedreaba con majuelas...

¡Pablo! ¿Qué habría sido de Pablo? Aquel chico tan alegre y que la quería tanto. Cuando ambos eran ya mocitos habían jugado á los novios, pero Pablo cayó soldado y tuvo que ausentarse del pueblo. Soledad recordó que había recibido dos cartas suyas; pero desde que ella se había casado con el marqués, no había vuelto á saber de aquél.

Quizá habría muerto. ¡Había habido desde entonces tantas guerras y revoluciones!

Al fijarse en esta idea Soledad sintió humedecerse de lágrimas sus ojos. Pablo representaba para ella los días dichosos de su niñez, y si le recordaba ahora con más insistencia que otras veces, era porque Pablo, al separarse de ella, habíase llevado su felicidad...

De repente sintió Soledad voces y risas infantiles. Provenían de los hijos del molinero, que con otros chicuelos de su edad jugaban *á las cuatro esquinas*. La marquesa amaba á los niños, y en otras ocasiones habíase entretenido presenciando aquellos alegres juegos; pero al presente la expansión de aquellos seres en que desbordaba la vida, excitó sus nervios.

Púsose en pie nerviosa y contrariada, y dejó el *Arenal*. Vacilaba al andar y á veces tenía que apoyarse en la sombrilla. Sentía escalofríos. Marchaba maquinalmente á campo traviesa. Oía quizá una de esas *voces interiores* que revelan los grandes acontecimientos de la existencia.

Después de dar un largo rodeo, llegó á la quinta, y apenas hubo entrado, su doncella la entregó una carta que habían traído una hora antes. La marquesa supuso que sería de su marido; pero no conoció la letra del sobre.

Dirigióse á su gabinete, dejó el sombrero y la sombrilla, aproximó una silla-mecedora á una ventana abierta que daba al río, se sentó y abrió la carta que era bastante abultada.

Antes de leer sintió un nuevo escalofrío. Cerró la ventana, volvió á sentarse, y leyó.

IV

La carta decía así:

«Soledad: no puedo más; harto he reprimido los impulsos de mi corazón, en estos días de amor y de desesperación, de sueños irrealizables, de proyectos insensatos. Yo no exijo, no puedo exigir nada de tí; pero en nombre de lo que más ames ó hayas amado, te ruego que leas hasta el fin estos renglones empapados en mis lágrimas, último desahogo de un dolor inexplicable, postrera voz del pasado, que nunca más llegará hasta tí.

No creas que he sucumbido fácilmente; no, he luchado contra una inaudita fatalidad, con la energía de la juventud que repele el padecimiento, con los sofismas halagüeños de la pasión que tiende á ahogar la voz de la conciencia; pero hubiera sucumbido si no existiera en mí otra cosa más grande, más noble, más llena de esfuerzos generosos: mi amor.

Sí, mi amor por tí, que tal vez me pierda; pero que quizá me salve.

Si yo no estuviera persuadido de que los años y la nueva posición social, habrán desvanecido tus recuerdos y tus impresiones, no evocaría el fantasma de un amor pasado é imposible en tí, temiendo turbar tu tranquilidad; pero como creo que leerás esta carta, si no con indiferencia, cuando más con momentáneo enternecimiento... después de haber vacilado me decido á mandarte... quizá mi último adiós.

Cuando la recibas estaré lejos de tí, *tal vez muy lejos*. El tráfago de la vida, que nos ha separado durante diez años, nos ha acercado el uno al otro, por espacio de algunos días, para volver á interponer entre ambos la distancia, el tiempo, toda una existencia quizá.

Lee, pues, sin inquietud de conciencia. Tu vida es como un lago apacible. ¿Qué importa que una nube fugaz oscurezca un instante su clarísima superficie donde se refleja el cielo?

¡Diez años, Soledad! ¿Cómo he vivido diez años solitario en medio del mundo, como un anacoreta en el desierto, pero sin tener como éste la esperanza de un bien, aunque lejano, seguro é infinito? ¿Cómo se puede vivir así? ¡Ah! se vive, como vive el ciego recordando el semblante de las personas amadas y la alegre luz del día, que un tiempo vió.

Cuando salí de nuestro pueblo, y te ví por última vez, y ya lejos, tu casa, y más lejos, el campanario de la iglesia, y por fin á mi madre que desde larga distancia me saludaba con su pañuelo; sufrí una pena indecible que sólo puede comprender el que se ha hallado en igual caso. Pero entonces tenía yo veinte años y mi pensamiento se reconcentraba en esta consoladora idea: me voy, mas volveré.

Y sin embargo no volví. ¿A qué había de volver? Como prenda de tu amor sólo conservaba dos cartas tuyas, como prueba de tu olvido tuve la noticia de tu casamiento, como familia, con la muerte de mi madre mi hogar quedó solitario. ¿A qué había de volver?

Seguí, pues, el camino trazado por mi suerte, cumpliendo automáticamente mis deberes de hombre y de soldado. Mis compañeros se reían de mi triste aislamiento, mis jefes alababan *mi juicio* y mi buena conducta; y yo, alimentando mi corazón de recuerdos y distrayéndome á veces de éstos con la lectura, veía pasar los meses y los años, casi despegado de la vida en su parte material.

Alguna vez la fuerza de la juventud y la poderosa atracción del amor hacíanme salir de mi letargo. Entonces intentaba amar; pero mi corazón, no teniendo efluvios amorosos que trasmitir, volvía á enfriarse en el hielo propio y en el hielo ajeno.

Un día, en Cáceres, ví asomada á una ventana una joven que se parecía á tí: se parecía tanto que durante un momento creí que eras tú misma ó que mi eterno fantasma había tomado cuerpo y realidad. Me aproximé á ella, la dije yo no sé qué palabras; me contestó, y en aquellos instantes mi corazón palpitaba como cuando estaba á tu lado.

Mas ¡ay! el encanto se desvaneció en breve. Sus ojos, es verdad, se parecían á los tuyos, á la tuya su boca, su acento extremeño se asemejaba al tuyo andaluz; pero faltaban á sus ojos la llama y la caricia, á su boca la sonrisa tierna y graciosa á la par, y á su voz aquella modulación suave, nunca más vuelta á oir, ni jamás por mí olvidada.

Desde aquel día todo acabó. Mi corazón volvió á encallar, mis sentidos á embotarse y no volví á sentir pobres é inútiles aspiraciones de amor; ni siquiera los groseros estímulos de la carne, aun más que el espíritu, muerta en mí.

¡Oh! y se pone en duda la castidad del sacerdote!

Dos años después fuí á Madrid de guarnición: pregunté por tu casa, rondé en torno de ella; pero no te ví: estabas en el extranjero.

Pasaron tres años, ascendí, y la edad y mi nuevo grado hiciéronme pensar algo más en las cosas de la vida. Comencé á ocuparme del porvenir y entreví la posibilidad de prestar útiles é importantes servicios en mi carrera. Nunca imaginé, porque esto es imposible, borrar tu imagen de mi corazón y de mi memoria; pero soportaba con más resignación la idea de mi eterna soledad de amor correspondido...

Hace dos meses me hallaba en Alcalá ocupado en la instrucción de quintos.

Una mañana... Lee, Soledad, lee estas líneas trazadas con mano trémula y quizá como yo al escribirlas, te detengas á pensar en el misterioso tejido de los destinos humanos. Una mañana volvía yo del ejercicio por la orilla izquierda del Henares. Estaba casi alegre, había recibido la noticia de un próximo ascenso y además experimentaba la grata influencia de la primavera. Mis miradas vagaban distraídas; pero al seguir el vuelo de una golondrina que pasó cerca de mí, las fijé en la orilla opuesta del río; y allí, sentada en un peñón, apoyando sus pies en la arena, fijos sus ojos en un libro, ví una mujer..: Eterna aspiración de mi alma, constante deseo de mis sentidos, ¿por qué te me apareciste?

Te conocí, te conocí desde el primer momento. Alzaste los ojos del libro, y aunque no me miraste, la *llama* y la *caricia* penetraron en mi corazón. ¡Qué hermosa estabas con no sé qué nueva belleza grave y triste nunca por mí imaginada!

Mi primer impulso fué volar á tu lado, besar la orla de tu vestido, adorarte de cerca; pero momentos después no estabas ya sola. Y deshecho el encanto de la fascinación, sentí la realidad de la vida que me separa de tí.

Desde entonces la generosa fibra de mi corazón me ha dado alientos para resistir á mis locos deseos y no he querido acercarme á tí por no abrasarte en mi llama. Me he resignado á verte desde lejos, menos infeliz con esta *mística* contemplación de tu hermosura, que lo sería con el amor culpable satisfecho.

Todos los días he ido al sitio en donde te ví por primera vez, quizá acababas de dejarle y aun podía besar la huella de tus plantas estampada en el arenal. Escribía tu nombre en la arena. Acaso tú serena no comprenderás el móvil de estos pueriles desahogos; yo sí, Soledad, yo sé que estoy enfermo y que la ciencia debe haber clasificado el género de mi afección...

Un día he estado junto á tí. Te estreché en mis brazos, mis manos trémulas se abrasaron á tu contacto, y se estremeció todo mi sér. ¡Oh! no quiero pensar en aquellos momentos de prueba, de martirio y de deleite, que hiciéronme comprender en toda su plenitud lo que hubiera sido, lo que será vivir á tu lado. Estabas desmayada, un hombre te prodigaba sus cuidados y sus caricias á la faz de todo el mundo... Aquel hombre era tu marido... ¡Oh fatalidad é impotencia de la suerte! ¿Por qué la felicidad de unos labra la desventura de otros?...

Suspendo esta carta... Las letras se confunden á mi vista... Mi mano temblorosa se niega á escribir... No puedo más...

He dormido algunas horas. El sol penetra por mi ventana. Me despierto con una inexplicable esperanza en el corazón. Dios, sin duda, no quiere que muera y me da nuevas fuerzas para proseguir esta fatigosa jornada.

Espero.

Espero que transcurran los años, que la naturaleza cumpla sus inmutables leyes. Ambos somos jóvenes aún, y puede llegar un día en que, tranquila nuestra conciencia... ¡Oh! perdona, Soledad, perdona si un pensamiento de muerte se une á esta esperanza de vida. Un hombre te ha amado como yo, y uniéndose á tí ha podido proporcionarte los goces de la existencia. ¿Cómo he de odiar yo á ese hombre? ¡Ah! no, casi le amo como á un compañero de corazón.

Pero cuando pasen los días y los años, muchos años quizá, podré acercarme á tí. Entonces tal vez las canas blanquearán mi cabeza; ¿qué importa? seré como un volcán coronado de nieve. Tal vez no hallaré en tí ni rastros de tu infantil amor... ¿Qué importa? Yo te envolveré en mi llama, evocaré nuestros recuerdos de la infancia, te enseñaré las hojas de malva-rosa y las moras, secas ya, que tú me dabas y que yo he conservado como amorosas reliquias, te hablaré de aquellos días en que, niños los dos, vagábamos por nuestros queridos campos, llevando en nuestras cabezas coronas de amapolas, que bañadas del sol, parecían, cuando nos mirábamos en las fuentes ó en los charcos, lenguas de fuego.

Sí, Soledad, espero. Por vivir un solo día amorosamente á tu lado, bien puede darse toda una existencia, menos ese día.

De todos modos, aun á riesgo de que me recibas con desvío, aunque pasen muchos años, he de volver á verte. Si no te veo, es que mi cuerpo no estará ya en el mundo, pero si existe el alma, la mía vagará en torno tuyo, porque no es posible que las almas de los muertos olviden, ó no puedan acercarse á los que amaron en la tierra.

PABLO.»



PELEA DE CHIQUILLOS, cuadro de Jorge Jakobides



RECUERDO POÉTICO DE ROMA, dibujo de A. Fabrés

La marquesa leyó la carta, inclinó la cabeza en el respaldo de la silla, y dejó caer sobre la falda la mano que sostenía el papel.

En aquel momento, el marqués, que acababa de llegar de Toledo, entró en el gabinete.

V

Al día siguiente presentóse el marqués en el cuartel de caballería de la calle de Roma, y preguntó por el capitán don Pablo Aguirre.

Pudo verle en el acto, porque éste se hallaba de guardia en el cuartel.

– Vengo – le dijo – á invitar á V. al entierro de mi mujer, la marquesa de Guadalimar, muerta, segun dice el médico, á consecuencia de un aneurisma. Mañana la lloraremos juntos. Pasado mañana, si puedo le mataré á usted, no porque haya amado á Soledad, sino porque usted ha sido causa de su muerte.

F. MORENO GODINO

DEFICIENCIAS DEL GENIO NACIONAL

Velázquez como pintor mitólogo.

Ni el ideal profano ni el ideal religioso fueron jamás esfera propia de los artistas españoles. Para demostrarlo, vamos á hacer una breve excursión por el campo de nuestra pintura en su época más floreciente, y comenzaremos por el ideal profano, dejando para otra ocasión el religioso. Los asuntos del género mitológico fueron tema predilecto de los artistas de más vuelo entre los consagrados á crear para producir en el ánimo honesto deleite; mas puede asegurarse que no hubo en la península en los siglos XVI y XVII un solo pintor que conveniente y decorosamente los tratase.

Nada sabemos de la manera como los representaron, esto es, qué calidades de composición y dibujo, qué estilo, demostraron en ellos los pintores que en tiempo de los Felipes III y IV decoraron con escenas mitológicas al fresco y al temple los palacios de Madrid, Valladolid y el Pardo. Ni el menor vestigio se conserva de tales pinturas; pero es de suponer que fueron ejecutados en estilo italiano del renacimiento, más ó menos puro, no sólo por el origen ultramontano de sus autores, los Nardi, los Camilos, los Sernín, los Caxes y los Castellos, sino también porque sus coetáneos Pantoja, Carducci, Blas del Prado, Sanchez Coello, de quienes es conocida la manera, independientemente del género de los retratos, que fué su verdadera prez, sólo representaban en el proceso de las manifestaciones estéticas la fría transición del idealismo neopagano del renacimiento, ó del naturalismo clásico de los venecianos, al realismo del siglo XVII. Vano era desear en ellos ni la elegancia y nobleza de la línea, ni la elevación del estilo. Otras eran las tendencias del genio español, y para encontrar en el estadio del arte peninsular un maestro de verdadero carácter y de poderoso personalismo, tenemos que venir á parar al gran pintor del rey Felipe IV, á D. Diego Velázquez de Silva.

Y ¿cómo concebía éste los asuntos mitológicos? Ejemplares insignes nos quedan de su manera en esta región del arte: *la Venus echada mirándose en el espejo*, las *Fraguas de Vulcano*, *Mercurio y Argos*, y el célebre lienzo de Baco, vulgarmente denominado el *cuadro de los borrachos*. Fijémonos en este último, que es uno de los que pintó con más detenimiento y estudio.

Nadie, de seguro, al contemplar la cómica ceremonia que en él se trae á la mente, recordará el famoso ditirambo del poeta venusino: *á Baco entre peñascos vi cantar, escuchándole los sátiros caprípedos con las orejas empinadas* (1). Porque verdaderamente no es de sátiros, sino de truhanes, la gravedad bufona de los que aquí rodean al *dios libre:* faltan las ninfas de la estrofa horaciana, falta á este moderno Baco la hermosura que le atribuyó la poesía antigua; falta el haber querido ó podido tratar Velázquez con seriedad y elevación, un asunto en que el arte y la literatura de Grecia y Roma hallaron tan rica mina de formas y de fascinadora belleza plástica. Velázquez no hizo caso de Eurípides, ni de Anacreonte, ni de Archestrato; desdeñóse de seguir las huellas de los poetas y artistas del siglo de León X, que quizá le parecieron harto libres; desoyó la excitación de los contemporáneos suyos que, como el Poussin, por ejemplo, cedían al encanto de la estética pagana; el ejemplo de los coloristas venecianos y flamencos que tánto admiraba, – Tiziano, Veronés, Rubens – y qué tántas felices inspiraciones habían bebido en las fuentes del arte clásico antiguo, no fué bastante á contagiarle, manteniéndose, en medio de las sugestiones de su vena un tanto picaresca, pintor de severos principios religiosos; y es muy de notar que esta entereza de ideas, ya marcada desde los primeros años de su residencia en la corte, prevaleció después en él toda la vida, hasta el punto de poderse decir que le hizo antipática la belleza clásica, sin embargo de haberla estudiado en Roma en los mármoles antiguos y en sus inmortales intérpretes, Rafael y Miguel Angel. El naturalismo de Velázquez tiene esto de excepcional: que al paso que los naturalistas italianos y flamencos, como Tiziano y Rubens, acudían á las fábulas del paganismo en busca de hermosos y deleitables asuntos, él, en todo independiente y enemigo de trillados senderos, sólo aceptaba el recuerdo de la mitología como para ponerla en ridículo y desconceptuarla.

El *cuadro de Baco* no es más ni menos que un capítulo de novela *picaresca*, en forma plástica. Un desvergonzado truhán, con cara más de ministro de Caco que de numen benéfico y civilizador, sentado en cueros sobre un barril y coronado de pámpanos, está confiriendo la dignidad de borracho laureado á un soldado barbudo, verdadero soldado Píndaro, tercer agraciado con la fresca corona en el grupo de veteranos y rufianes que le rodea. Los dos que la ciñeron primero descansan á un lado, como en extática contemplación, y cinco aspirantes de cabeza aun mocha, se disponen en el otro á recibir el codiciado adorno. Uno de ellos tiene en la mano un vaso de moscatel; otro un tazón lleno de tinto manchego; píntase en sus fisonomías ya la gravedad estúpida, ya la sandia jovialidad del beodo. El tuno que hace de Baco muestra en sus innobles facciones la palidez del bebedor bilioso; en los otros hay vida, calor, transpiración; y como los personajes de la mojiganga pertenecen á la jerarquía *corriente* y *moliente*, ó son vagos de Triana ó de la puerta de Carmona, ó conciliábulo mixto de Chiquiznaques y jiferos, y piqueros inválidos de algún tercio de Flandes, la imaginación de menos alcance adivina en ellos dotes y circunstancias muy poco recomendables. El viejo que, hincado de rodillas, va á recibir la corona después del soldado que lleva la daga al cinto, parece retrato de aquel famoso bebedor que nos pintó Cristóbal de Castillejo transfigurado en mosquito, del cual decía que

. . . . . . bebió
todo cuanto pudo haber,
hasta el cuero en que paró;
que cosa no le quedó
sino el alma que beber.

Nada tentadora es en verdad semejante compañía. Pasa la escena en campo raso, al pie de una vid trepadora, que, rica de pámpanos, se encarama á lo alto, proyectando su sombra sobre uno de los coronados bebedores, y sirviendo de marco á la figura de otro, el cual, desnudo como el maestro, hace de Sileno, indolentemente recostado sobre el codo derecho. Pero no hay allí cosa que incite al culto del hijo de Semele, ni accidente que provoque á desear la terrible *iniciación*. Nada de ménades y basáridas delirantes respondiendo á las excitaciones de los sátiros cornudos y libertinos y blandiendo con frenético arrebato el tirso, á cuyos golpes manan de la tierra fuentes de vino, leche y miel; nada de ninfas danzando medio desnudas con la cabellera suelta al viento, como las vemos en los bajo-relieves de los sarcófagos, jarrones, aras y candelabros griegos y romanos; nada de las maravillas que Eurípides nos describe en una de sus más famosas producciones. En vez de una escena llena de fuego y de sacro furor báquico, nos ofrece Velázquez en reposado corro el quietismo de la embriaguez vulgar y repulsiva: en vez de un tumultuoso estol de sátiros y silenos, ninfas y amorcillos, mimalionas y evias en crápula promiscua, nos da un cuadro de hombres solos, todos feos y ordinarios, en quienes ni las actitudes ni la desnudez tienen nada de elegante y bello; en vez de las pieles de zorra y de pantera y del leve theristro desceñido y ondeante, el calzón y la capa traídos y prosaicamente plegados; en vez del vino de Lesbos, del ámbar cretense y de la malvasía etrusca, el pedestre moscatel y el tinto de Valdepeñas, que por más que blasone de procedencia borgoñona, al cabo es vino de plebeyos. El vaso común y el jarro han sustituído en la nueva é inofensiva bacanal á la ánfora, á la crátera, al rhyton, al vaso pintado; al clamoroso *Evoé!* que resonó en las colinas de Beocia anunciando los dionisiacos furores tan ominosos al infeliz Penteo, ha sucedido la lisa y franca algarabía de la taberna de Lepe y el discorde grito de *bomba!* de la gente baja. Ni el héroe es ya aquel Baco hermoso, afeminado y ceñido de diadema, llevado en triunfal carroza por tigres y panteras ó acompañado de los genios de las estaciones, ni aparece en el rústico teatro la bella Ariadna, ni descuella en las frondosas lomas que lo limitan al fondo el simulacro del dios de la vendimia adornado de cuernos de oro. El crótalo y el címbalo no resuenan por esos contornos; por más que los registremos, no veremos asomar por entre las embalsamadas florestas el coro de la bulliciosa orgía ...Es que la humanidad no tributa ya ofrendas á los groseros instintos idealizados por la poesía y el arte antiguos, y queda tan sólo como vicio vergonzoso, que busca el silencio y la soledad, lo que antiguamente recibió público culto. Es que Velázquez responde mejor á las ideas y costumbres de su tiempo, que Rubens y el Poussin.

Pero en esta misma perfecta correspondencia del arte de Velázquez con la poesía y la literatura española de su época, están sus méritos y sus deficiencias; nadie le iguala en naturalismo; pero en el sentimiento de la belleza ideal, cualquier adocenado maestro boloñés ó veneciano le supera. Descúbrese en el lienzo de Baco aquel conocimiento profundo de la naturaleza varonil que había de hacerle con el tiempo rival de Timantes, de quien escribió Plinio *artem ipsam complexus viros pingendi* (2). Quizá hubiera fracasado su obra introduciendo en la composición mujeres, porque las gracias femeniles esquivaron en cierto modo sus pinceles.

El cuadro de Baco ó *de los borrachos*, con carecer completamente del idealismo que nuestra educación clásica nos ha acostumbrado á exigir en todas las composiciones mitológicas, es uno de los más interesantes cuadros de costumbres de la escuela española del siglo XVII, y está, como queda dicho, en perfecta consonancia con el rumbo que en las artes de imaginación tomó el genio nacional en Castilla desde que sacudió el yugo de la moda italiana. La acogida dispensada por todas las clases de nuestra sociedad á la novela *picaresca* en aquel siglo, hace sospechar que acaso no fueron extraños á la concepción de esta admirable joya del arte *El Español Gerardo*, – *el Donado hablador*, – *el Escudero Marcos de Obregón*, y tántos otros desenfados de los fecundos novelistas posteriores á Cervantes.

PEDRO DE MADRAZO

(1) *Bacchum in remotis carmina rupibus vidi docentem* etc. (Ode XIX, lib. II).

(2) Hist. nat. lib. 35, cap. 10.

MARGARITA DE BORGOÑA

en una compotera

Jamás artista del siglo XVIII produjo objeto más delicado, elegante y primoroso que esta maravillosa compotera. Sus paredes se encorvan majestuosamente, para replegarse después con gracia y vuelven en atrevida curva á cerrarse, arrojando como en brillantes cascadas, un haz de facetas que bañan su ancha base, sobre la cual caen como lluvia de perlas gotas de limpio cristal que atraviesan rayos de luz alegres y juguetones. Diríase que las flores adamasquinadas de sus asas, están tejidas en una de aquellas magníficas telas de damasco, tan blancas que parecían trasparentes, y cuyo hábil corte daba á la cintura de nuestras abuelas una esbeltez de avispa.

Dos anillos cincelados semejantes á dos manecitas de plata, salen á derecha é izquierda de un círculo y sostienen preciosas guirnaldas.

Las flores imperceptibles de las dos cintas de cristal inclinan su cabeza en una actitud gentilmente pretenciosa. El rocío no dibuja en los cristales nada más lindo ni caprichoso, pero lo que sobre todo sobrepuja á estas maravillas, lo que no puede contemplarse sin éxtasis de admiración, es la tapadera, mejor dicho, la corona de la compotera de nuestro cuento. Centenares de lindos ramilletes se destacan sobre ella con ese fino y delicado relieve que caracteriza á las más bellas porcelanas de Sajonia. Como botón ó remate, se elevan dos figuritas de dos pulgadas representando un pastor y una pastora, con los brazos enlazados, la cabeza inclinada sobre la espalda y que sostienen con sus diminutas manos, una jaula empenachada de cintas dentro la cual se ve un pájaro con las alas entreabiertas. Una avellana es mayor que la jaula y un grano de mijo parecería enorme al lado del pájaro.

Y sin embargo, esta obra maestra, ornamento de un gabinete de artista y ante la cual hoy se recrean entusiastas admiradores, estuvo muchos años olvidada y desdeñada en el rincón oscuro de una bodega en donde el polvo y la humedad la cubrieron con un barro ignominioso. En esta época se prefería ya el gusto *soi disant* griego y puro, al delicioso amaneramiento del décimooctavo siglo. Un día, por no sé qué accidente, un insecto á quien deslumbró la repentina aparición de una luz, se sintió presa del vértigo y cayó en la compotera, que colocada sobre una mala plancha tenía ante sí la tapadera, como se pone la corona de un monarca difunto, á los pies del catafalco real. Era el insecto una araña doméstica de enorme abdomen oval y sobre cuya negruzca espalda se destacaban dos líneas longitudinales de manchas atigradas.

El animal caído en la compotera como lobo en la trampa se puso á recorrer el fondo con toda la rapidez que le permitían sus ocho patas.

Cuando se hubo convencido de que no encontraba ninguna salida trató de subirse por las paredes que formaban á su alrededor un círculo de murallas lisas y trasparentes; pero sus uñas cortantes y encorvadas como las de los leones y los tigres, resbalaban sobre el desnudo y duro cristal. Después de un cuarto de hora de una lucha inútil, cayó fatigada, desanimada y anhelante al fondo de la compotera. Allí se encogió resignada á morir como el gladiador vencido, se arrodillaba en medio de la arena cuando veía á las damas romanas levantar sus manos blancas y bajar su fino y pequeño dedo pulgar para pedir su muerte.

Un joven bajó por casualidad á la bodega y testigo de los esfuerzos de la cautiva, sintió curiosidad por conocer los otros actos de este drama comenzado. Llevóse la compotera y la colocó en su gabinete en el lugar menos iluminado á fin de poder espiar á la araña sin causarla inquietud.

Esta, quedóse inmóvil, encogida y muerta en apariencia, hasta que llegó la noche. Entonces el observador, perezosa y muellemente extendido en su butaca percibió un pequeño ruido casi imperceptible en el fondo de la compotera, se aproximó con una luz y entonces la araña volvió á hacerse la muerta.

Al día siguiente vió que en el fondo de la compotera se encontraba coloreado todo alrededor y á la altura próximamente de una pulgada de miriadas de puntitos blanquizcos, rugosos y colocados á distancias casi geométricamente regulares. La araña dormía en el fondo del vaso.

Al siguiente día hilos de plata partiendo de cada uno de los puntos blancos, iban á unirse en frente y formaban lo que creo se llama, la cadena del tejido.



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro de M. Fischer

Al cuarto día fué la *trama* lo que vino á enlazarse á los hilos de la cadena, y una vasta tela ocupó todo el fondo de la compotera; algunos hilos de distancia en distancia, fijaban este pavimento elástico á guisa de amarra y aseguraban su solidez.

La araña á pesar de sus trabajos gigantescos, quedaba aun al descubierto y la faltaba alojamiento. Tenía sí, un piso elástico ó mejor un tapiz sobre el cual podía caminar sin lastimarse ni romper sus uñas, los hilos para la caza estaban tendidos, pero la faltaba una habitación donde abrigarse y ocultarse á las miradas, y además no tenía lecho sobre el cual pudiese dormir. Con dificultad y penas inauditas, llegó á fijar, á cuatro ó cinco líneas por encima de su tela, una treintena de manchitas blancas de las que ya he hablado.

Esto sirvió de nacimiento á un techo que bajaba hasta la tela, después se redondeó, se trabajó, se formó poco á poco y se proveyó de hilos más finos, más cuidados y más fuertes y llegó á ser un nido impenetrable.

Algunas gotas de agua arrojadas sobre esta habitación, resbalaron á lo largo de sus paredes sin alterarlas en lo más mínimo, cayeron como perlas vacilantes á través de la tela y se detuvieron en el fondo del vaso en donde acabaron por evaporarse.

La araña había sacado sus hilos, que un cálculo aproximado puede evaluar su longitud sin exageración en dos mil pies, de las seis mamas unidas á su abdomen y que segregaban un licor gris, trasformado instantáneamente por contacto del aire en hilos finos, ligeros y de una solidez inconcebible, sobre todo si se considera su tenuidad. Un hilo de araña si no se le rompe sacudiéndole, puede sostener un peso de diez y ocho gramos.

Una vez terminada su habitación, la araña se dedicó á pasar los días y las noches en el dintel de su habitación, esperando con una paciencia sin ejemplo que la casualidad la proporcionase una presa. La cosa no era fácil, las moscas eran raras por la estación del año, y además nada había en la compotera que las atrajese. Dos meses trascurrieron durante los cuales el pobre animal adelgazó considerablemente. Por fin un día compadecido el observador arrojó una mosca á la hambrienta.

El pequeño insecto cayó sobre la tela y enredáronse sus alas en ella. La araña corrió en seguida, aprisa pero pesadamente, apoderóse de su presa con las ocho patas á la vez, la estranguló con sus poderosas mandíbulas y condujo el cadáver á su nido. Una hora después llevaba fuera de su casa los restos de la mosca y los arrojaba en el rincón más oscuro y alejado de su tela no sin recubrirlos con un sudario para ocultar á la vista su aspecto. Así Bruto arrojó su manto sobre el cadáver de César.

Todos los días á la misma hora el observador lanzaba una mosca á la compotera. No tardó en observar que llegado el momento de la comida salía la araña de su nido, avanzaba sobre la tela y espiaba la caída de la mosca y no se asustaba del movimiento que antes la hacía retroceder y entrar en su casa cuando la mano de su nutridor le llevaba la comida. Poco tiempo después en lugar de esperar á que se hubiese alejado un poco, corría inmediatamente y con atrevimiento hacia la mosca y no se tomaba ya la molestia de entrar en su casa para comer.

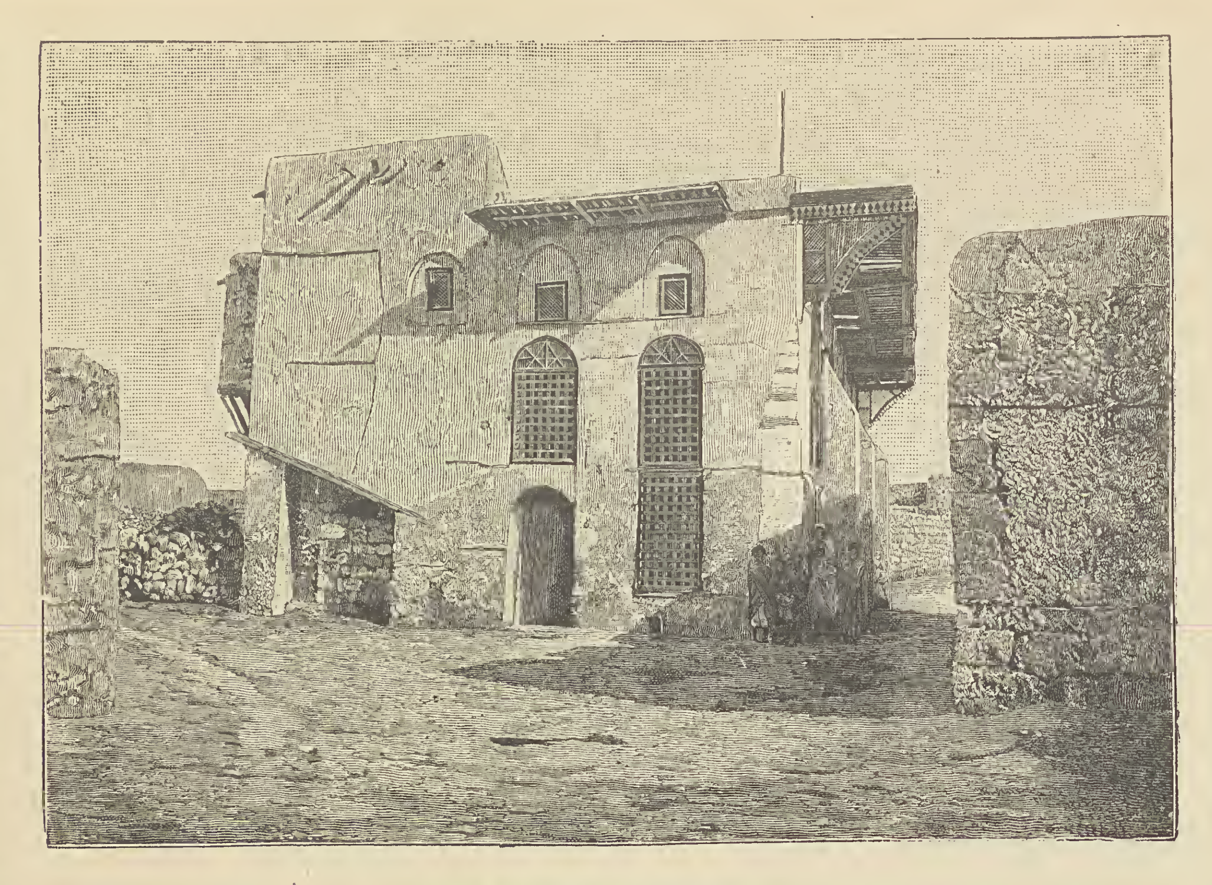
Curioso por conocer hasta qué punto aumentaría esta familiaridad, el joven cogió á la mosca por un ala y la presentó á la araña. La primera vez, entróse asustada á su nido y se mantuvo allí absolutamente oculta; mas al día siguiente obligada por el hambre, se arrojó sobre la mosca con la rapidez de una flecha, se apoderó de ella y huyó al fondo de su habitación. El observador repitió la experiencia una, dos, diez veces. Al cabo de este tiempo la araña devoraba las moscas en los dedos del joven. Acabó hasta por salir de la compotera con la ayuda del brazo que le presentaba su dueño, y libre así, recorría los brazos y el pecho del joven é iba á tomar una mosca en su otra mano que alejaba cuanto le era posible.

Desde entonces se firmó el pacto de intimidad.

El observador tenía un vivo interés por su pensionista, y la amaba tanto como Pellison amaba á la suya. Se puso pues en busca de libros de Historia natural para estudiar y poder averiguar á qué sexo pertenecía la araña de la compotera. Reconoció que era una hembra por los palpos filiformes que tenía cerca de las mandíbulas y por las patas del torax más cortas y gruesas que las del vientre. Hecho este descubrimiento resolvió casar á la reclusa y se puso en busca de un marido de buen aspecto y digno de la ternura de una tan linda conquista. La cosa no fué difícil; era entonces primavera.

Una vez en posesión el observador, de un hermoso macho, de gruesos palpos bien hinchados, de patas largas y esbeltas, con ocho ojos vivos y el continente de conquistador y decidido, vino á llevarle en triunfo á su huéspeda. Lo depositó dulcemente sobre la tela, hacia el

extremo opuesto al nido de la araña y se alejó un poco, de manera que pudiese sin embargo observar todo lo que pasase. Bien pronto vió á la coqueta salir de su *boudoir*. Por su parte el macho no se mostraba torpe y daba pruebas de finura y galantería; sus patas delanteras acariciaban á la manera de conquistadores, los bucles formados por sus tarsos; un subteniente de húsares no pone más cuidado ni fatuidad, cuando retuerce las guías de su rizado bigote. El macho avanzó á paso de carga, golpeando con la pata, piafando y contoneándose, la araña retrocedió y huyó, pero de manera que dejaba adivinar su deseo de ser seguida. El macho siguió sus pasos aunque con cierta reserva y un temor singulares, pero cuya evidencia no podía ocultarse. Por su parte la hembra le espiaba con una astucia que daba á sus ojos una expresión extraña. Por fin ella vuelve la cabeza y marcha ante él preocupada en apariencia en apartar algunos hilos en los cuales se enredan sus patas... Entonces el macho saltó sobre ella...



CASA DE OSMÁN DIGMA EN SUAKÍN

Ella se vuelve... pero ya no es la audaz coqueta que seduce, es la leona que caza su presa.

Es Diana ante Acteón. El macho temblando trata de huir, se esfuerza por escalar las paredes de la compotera... ¡Vanos esfuerzos! Margarita de Borgoña se dirige hacia su víctima, la fascina, y la detiene. El infortunado se encoge temblando. Ella con la garra levantada y amenazadora como un puñal, le hiere, le mata, y después de contemplar al que había sido su esposo, le devora!

Al siguiente día, deseando conocer el joven los motivos de tanta barbarie, quiso saber si la muerte del pobre macho era el castigo de una falta personal ó el resultado de un sistema de asesinato, y llevó un segundo macho á la compotera.

¡Ay! ¡ya no pudo dudar! El crimen de la cruel no tenía excusa ni circunstancias atenuantes. El jurado más benigno la hubiese condenado con todas las agravaciones previstas por la ley. A esta infame le era necesario el asesinato. Durante un mes entero vivió del cadáver de sus amantes. Bien pronto le parecieron vianda insípida é insignificante, rehusó comerlos pero no matarlos, y volvió á sus moscas con un placer evidente.

Margarita de Borgoña, porque desde entonces este fué el nombre que recibió la araña, á causa de la conocida historia de Buridán, Margarita, digo, continuó llevando una vida tranquila y sin remordimientos en su compotera. Un día, la ventana de la habitación en que se encontraba el vaso quedó abierta; una golondrina entró en el cuarto, vió á la araña, y de un picotazo vengó á todas las víctimas de la malvada.

Muchos años después, la compotera, por una porción de acontecimientos inverosímiles y que en verdad podrían ser objeto de una odisea, muy curiosa y extraña, llegó á manos del que estas líneas escribe y la guarda con un religioso cuidado; no á causa de la araña cuya historia acabáis de leer sino algo á causa de su belleza y mucho porque perteneció á un naturalista célebre, y sobre todo porque decidió, por decirlo así, la vocación del émulo de Cuvier.

Por la araña de la compotera, el joven de que he hablado se decidió á estudiar las maravillas de la naturaleza é hizo así eternamente ilustre el nombre de Lacepède.

RICARDO REVENGA

NOTICIAS VARIAS

ESTADÍSTICA DE MÉXICO. — El distinguido geógrafo mexicano D. Antonio García Cubas ha terminado la tarea de revisar y corregir el cuadro geográfico, estadístico é histórico de aquel país, para la cual le había comisionado el ministro de Obras públicas.

He aquí algunas de las cifras más importantes que demuestran el desarrollo de aquel país en los últimos años.

La población de México ha aumentado en el período de 1880 á 1888 en cerca de millón y medio de habitantes, es decir 185,962 por año.

Las rentas de la República que en 1880 eran de pesos fuertes 21.936,165 ascendieron en 1888 á 32.126,508. En los Estados este aumento ha sido de 4.191,799.

A fines de 1880 había 15 vías férreas en explotación, que medían 1.055 kilómetros; á fines de 1888 eran 47, con 8,153 kms.

En el primero de dichos años había 16,910 kms. de hilo telegráfico; en el segundo, esta cifra llegaba á 44.612.

Durante el año económico de 1886-87, el comercio de importación ascendió al valor de 52.252,275 pfs. y el de exportación á 49.191,930.

En instrucción pública el progreso ha sido notable: en 1880 había en la Confederación 8,535 escuelas con 435,935 alumnos; en 1888 sumaban ya 10,726 con 544,000.

Finalmente, hay faros en los puertos de Veracruz, Coatzalcoalco, Alvarado, Frontera, Celestún, Sisal, Jicalanco, Tampico, Campeche y Progreso en el Golfo, y en Guaymas y Mazatlán, en el Pacífico.



VISTA DE SUAKÍN DESDE EL DIQUE

BARCELONA.—IMP. DE MONTANER Y SIMÓN